

**EL TERCER PALADÍN DE MONTELEÓN.
EL 2 DE MAYO DE 1808 Y LA TARDÍA MEMORIA MONUMENTAL
Y CEREMONIAL-FUNERARIA DEL TENIENTE JACINTO RUIZ
(MADRID, 1891-1909)**

*THE THIRD PALADIN OF MONTELEÓN.
2 DE MAYO OF 1808 AND LIEUTENANT JACINTO RUIZ'S LATE
MONUMENTAL AND CEREMONIAL-FUNERARY MEMORY
(MADRID, 1891-1909)*

Alberto Cañas de Pablos*
Universidad Complutense de Madrid, España

RESUMEN: Este artículo se adentra en el estudio de los actos de memoria pública en torno a Jacinto Ruiz, héroe aminorado del Dos de Mayo, plasmada en dos momentos del cambio de siglo: la erección de su estatua madrileña (1891) y el traslado de sus restos mortales desde Trujillo a Madrid (1909). La intencionalidad política que había tras esas conmemoraciones, así como los procesos que llevaron a las mismas y la representación individual que se hizo del teniente Ruiz, serán el aspecto central tratado por el texto. Asimismo, el encaje de todos estos actos en la «estatuomanía» europea del siglo XIX y las representaciones de héroes y eventos nacionales servirá de marco más amplio para la presente investigación. El rol jugado por la prensa durante los eventos tendrá un tratamiento destacado.

PALABRAS CLAVE: Jacinto Ruiz, historia pública, 2 de Mayo, Mariano Benlliure, heroísmo, Guerra de Independencia.

ABSTRACT: *This paper delves into the research on public memory functions about Jacinto Ruiz, the diminished hero from the Dos de Mayo, expressed in two moments of the change of centuries: raising of its Madrilenian statue (1891) and the move of his mortal remains from Trujillo to Madrid (1909). Political purposefulness behind those commemorations, as well as the processes which lead to them and the individual representation of lieutenant Ruiz, will be the central aspect studied by the text. Additionally, the fitting of all those actions in the 19th century European «statue-mania» and the heroes and national events' representations will serve as the widest framework for the present research. Role played by the press during the events will have a special treatment.*

KEYWORDS: *Jacinto Ruiz, public history, 2 de Mayo, Mariano Benlliure, heroism, Peninsular War.*

* **Correspondencia a / Corresponding author:** Alberto Cañas de Pablos. Desp. 2609. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. UCM. Campus de Somosaguas, s/n, 28223, Pozuelo de Alarcón, Madrid — acpablos@ucm.es — <https://orcid.org/0000-0002-2588-8697>

Cómo citar / How to cite: Cañas de Pablos, Alberto (2025). «El tercer paladín de Monteleón. El 2 de mayo de 1808 y la tardía memoria monumental y ceremonial-funeraria del teniente Jacinto Ruiz (Madrid, 1891-1909)», *Historia Contemporánea*, 78, 447-482. (<https://doi.org/10.1387/hc.24152>).

Recibido: 5 enero, 2023; aceptado: 10 enero, 2024.

ISSN 1130-2402 — eISSN 2340-0277 / © UPV/EHU Press 2025



Esta obra está bajo una Licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

Las ciudades son un conjunto de muchas cosas:
memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque
(...) de palabras, de deseos, de recuerdos.¹

El Monumento que se eleva en el centro de la plaza del Rey,
es de los que atraen y subyugan y prueba de lo que decimos,
es el hecho de que todo el mundo, los doctos como los indoctos,
se sientan influidos por la belleza arrogante y española
del heroico Teniente de Infantería.

Holguémonos todos de que el pensamiento iniciado
por un modesto subalterno del Arma haya tenido
tan espléndido y feliz remate.²

Introducción

El teniente de Infantería Jacinto Ruiz (Ceuta, 1779-Trujillo, 1809) ha tendido a aparecer en un segundo escalón dentro de la jerarquía de la memoria en torno al Dos de Mayo, por debajo del archiconocido binomio Daoíz-Velarde, cuyos dos miembros indudablemente han ocupado el puesto de honor del recuerdo de la jornada madrileña.³ A pesar de tener un comportamiento intrépido en aquella jornada en Monteleón, su figura ha quedado habitualmente arrinconada tanto por la historiografía del período, como desde la memoria política y popular.

El arte público, como titular de una función social y herramienta para transmitir ideas, valores y conceptos, especialmente en el caso de las esculturas,⁴ también participó de ese trato desigual hacia el soldado de infantería. Este desequilibrio en el «triunvirato heroico»⁵ se debió en parte, según Demange, a la voluntad del cuerpo de Artillería de acaparar el mérito. De hecho, no hubo reconocimiento a los miembros de Infantería hasta el homenaje monumental a Ruiz a finales del XIX.⁶ La situación se ha traducido en un menor reflejo cuantitativo del militar ceutí en lo referente a monumentos, grabados y toda clase de obras e imagerías, a pesar de su importancia ese día. Aquella tensa mañana en el Parque de Mon-

¹ Calvino, 1995, p. 18.

² Berenguer e Ibáñez Marín, 1891, p. 126.

³ Aymes, 2007, pp. 446-447.

⁴ Furió Gali, 2000, pp. 123-124.

⁵ *La Opinión (Trujillo)*, 12/3/1909, p. 5.

⁶ Demange, 2004, pp. 44 y 118-119.

teleón, donde había acudido para tratar de aplacar los ánimos y proteger a los soldados imperiales de Napoleón, fue el único granadero que decidió tomar parte de la defensa desde el inicio. Innegable es su condición como «uno de los tres insignes campeones de la gloriosa, aunque amarga, jornada del 2 de Mayo», en palabras del ministro Marcelo Azcárraga en la inauguración del monumento madrileño.⁷ En una tendencia similar a la seguida por la monumentalidad, la historiografía reciente ha prestado mucha menor atención a Ruiz. Ni siquiera los bicentenarios a comienzos del siglo XXI vieron un repunte, como han plasmado las revisiones historiográficas y estados de la cuestión.⁸

Junto al busto en la plaza que lleva su nombre en su Ceuta natal (1892), obra de Carlo Nicoli,⁹ el principal monumento que puede contemplarse en su memoria es la escultura que se halla en la céntrica plaza del Rey, en Madrid. La obra se enmarca en la larga carrera del reputado artista valenciano Mariano Benlliure. Dicho trabajo fue inaugurado con todos los honores en 1891, tras una serie de gestiones impulsadas por el arma de Infantería del Ejército y en las que confluyeron aportaciones de la regente María Cristina o de las dos cámaras de las Cortes, entre otros muchos donantes.

La «Estatuomanía» nacional-heroica decimonónica

Para explicar el sentido de los homenajes escultóricos a Ruiz, éstos deben enmarcarse en la eclosión de monumentos en memoria del «Gran Hombre» que dominó el siglo XIX europeo, la llamada «edad de oro» del monumento público.¹⁰ Estos panteones «físicos», que contaban con la fuerza socializadora de lo visual, también podían ser discursivos, atribuyendo a determinados sujetos la condición de ejemplo de luchas legítimas y/o de valores nacionales a fomentar.

Las estatuas tenían una clara función política como recurso creciente para la configuración de un nuevo orden simbólico de construcción nacional, que se alzaba como un verdadero culto cívico.¹¹ Forman parte de esas *antenas bidireccionales de memoria* que constituyen los conjuntos mo-

⁷ Isabel Sánchez, 1994, p. 12.

⁸ Ramírez Benito, 2010, pp. 170 y 175.

⁹ Bazán Huerta, 1987, pp. 233-236.

¹⁰ Reyero, 1999.

¹¹ Castells, 2010, pp. 355-358; Zurita, 2014, p. 319.

numentales; por una parte, «propagan» vibras de conmemoración y, por otra, constituyen lugares de referencia hacia los que convergen actos y sentimientos de recuerdo.

En un contexto de profundas transformaciones sociales, el mesianismo y la figura del héroe adquirieron gran resonancia continental, plasmada también en museos e incluso el turismo de campos de batalla.¹² Esta circunstancia no excluyó las representaciones del sujeto colectivo, ya sea refiriéndose a él de forma genérica («los caídos», «los héroes») o específica (hablando de regimientos o batallones). Los prisioneros franceses muertos en la isla de Cabrera, los «mártires de la independencia» en Soria o los defensores de los Sitios de Gerona serían algunos ejemplos.¹³

Sin embargo, los cambios en la forma de hacer la guerra hicieron que la política y la imagen pública pasaran a depender del heroísmo carismático personal y la devoción a la lucha, y no de la riqueza o el nacimiento:¹⁴ el XIX es un siglo cruzado por la figura del héroe nacido de la guerra y así se reflejó monumentalmente. Las sociedades europeas se «heroicizaron» y se vieron muy influidas por la búsqueda de la gloria y afirmación individuales y por un culto inédito hacia el *grand homme*¹⁵ mesiánico.

Los lugares de memoria, ya sean monumentos específicos o símbolos abstractos, «toman los bloques completamente constituidos de nuestra mitología, de nuestro sistema de organización y de representaciones para hacerlos pasar bajo el microscopio del historiador», siguiendo a Nora, quien extendió ampliamente esas posibilidades.¹⁶ Reflejan los debates y discusiones que se producen sobre la historia y la memoria en cada sociedad¹⁷ y cómo esos fenómenos van alterándose, por lo que el devenir histórico es fundamental para comprender la evolución de las características y la situación de esos monumentos. Esculturas, placas y obeliscos, articulaciones tangibles de estos lugares de memoria, son el ejemplo más nítido del «consumo de conmemoraciones» en su faceta de memoria social de los nacientes estados-nación decimonónicos.¹⁸ Pero no es el único: esa construcción celebrativa de lo nacional se plasmó en «nuevas formas de sentir, de vivir, de experi-

¹² Zurita, 2020, p. 262; Reynolds, 2022, pp. 45-48.

¹³ Bover, 1847, p. 23; Moreno, 1990, pp. 179 y 253; Reyero, 1999, p. 480.

¹⁴ Esdaile, 2008, p. 68.

¹⁵ Murat, 2011, p. 173.

¹⁶ Nora, 1998, p. 20.

¹⁷ Mora Hernández, 2013, p. 99.

¹⁸ Beer Sheva y Beiner, 2020, pp. v-viii.

mentar» mediante objetos, estampas y publicaciones o los nombres dados a calles o edificios públicos, como experiencia y «uso» diario de esta memoria que permea en la cotidianidad de la población.¹⁹ Incluso las perillas, el vestuario o los nombres dados a hijos reflejan este afán rutinario de conectar con la historia.²⁰ Por su parte, los desfiles no podían «desprender más perfume nacional» y permitían ver a los soldados, al igual que a las estatuas conmemorativas, encarnando [en cursiva] la guerra, que se situaba como en un lugar próximo, aunque sin correr riesgos.²¹

El ciclo de guerras europeas iniciado en la década de 1790 hizo que el militar ocupase un lugar de primer orden en las preocupaciones de los gobiernos,²² además de en la propia sociedad. En el contexto del surgimiento de los nacionalismos la guerra fue crucial: desde el punto de vista político, actuaba «como fragua nacional» al alzarse como la última instancia a la que se recurre en una pugna por la soberanía». Para parte de la población el conflicto había sido simplemente sufrimiento y miseria, pero esa memoria bélica queda fuera del presente trabajo.

El nacionalismo necesitaba una épica²³ para construir un relato público sólido y ejemplificador. La idea era fomentar una voluntad de emulación y sacrificio: *mortui viventes obligant*. En realidad estos monumentos conmemoran a los *pioneros del futuro*, siguiendo la leyenda tricrónica de Böckh: «Para la memoria de los caídos, para el reconocimiento por los vivos, para la emulación de las generaciones futuras».²⁴ Y es con esa épica con lo que se relacionaba el sentimiento de que cualquier persona podía llegar al éxito vital, social y político si luchaba defendiendo la nación, incluso si era un civil aplicando los valores castrenses, aunque eso supusiese también la «democratización de la muerte».²⁵ Las ideas-fuerza de honor y gloria se hallaban en el núcleo de este proceso: mientras que la gloria empujaba al sujeto a actuar para lograr las gestas más difíciles, el honor hacía que cada uno ejecutase sin condiciones lo que el deber le exigiese.²⁶ Este último valor sólo podía ser otorgado por otros. Por ello, los memoriales de guerra

¹⁹ Martín Pozuelo, 2007, p. 321; Mayo, 1988, pp. 69-70.

²⁰ Cañas de Pablos, 2022, p. 302.

²¹ Santirso, 2013, pp. 175-176.

²² Hocquellet y Michonneau, 2008, p. 97.

²³ Santirso, 2013, p. 177.

²⁴ Carassale, 2022, p. 11.

²⁵ Cañas de Pablos, 2022, p. 73; Koselleck, 1998, p. 50.

²⁶ Bastida Mouríño, 1989, p. 137; Cañas de Pablos, 2022, p. 33.

tienen un marcado objetivo social/público y se dirigen a la historia política de los países,²⁷ honrando a los personajes presentes en sus momentos cruciales. La relevancia del sacrificio creó el «carácter mortuario del discurso nacionalista», directamente conectado con la naciente religión cívico-nacional. El recuerdo hacia los caídos por la causa patriótica los traía constantemente a la comunidad de los vivos,²⁸ puesto que los monumentos que recuerdan la muerte violenta permiten la identificación con el héroe-mártir vencido al tiempo que funcionan como depositarios y emblemas del honor, la gloria o la fidelidad, entre otros valores.²⁹

Todo efigiado responde a una determinada heroicidad personal. Ésta puede ser de dos tipos: el primero, pegado a las emociones, hace referencia a comportamientos puntuales, mientras que el segundo, más reflexivo, tiene un sentido más global de su trayectoria.³⁰ El heroísmo individual, casi exclusivamente masculino al basarse en la extensión de la conscripción de nacientes ciudadanos, fue uno de los grandes hilos conductores de esta oleada monumental decimonónica, basada en un primer momento en las guerras de comienzo de siglo. Como formuló Koselleck, que «alguien haga historia» era una expresión implanteable antes de las Guerras Revolucionarias y Napoleónicas, tanto por los cambios políticos, sociológicos y militares del período, como por el nacimiento del concepto contemporáneo de «Historia» en la Ilustración, entre otros por el barón von Eichendorff y su distinción entre sujetos históricos (el que hace la historia y el que la escribe).³¹ Éstos pueden ser calificados como sujeto dinámico y sujeto estático de la confección histórica, respectivamente. Ambos *edifican* la historia, pero el primero lo hace en los actos en los que está implicado mientras que el segundo lo logra desde las fuentes y a través de la reflexión. La sacudida de 1789, sus réplicas y sus secuelas marcaron el comienzo del auténtico protagonismo individual y común en el devenir histórico, de la persona como ente de la historia, con independencia de su rol político y social. Así, la grandeza personal se expandía cuando un hijo de la sociedad protonacional era partícipe o incluso protagonista de episodios calificados como gestas. El héroe valeroso, individuo público destacado, era la vanguardia del cambio en una sociedad crecientemente

²⁷ Mayo, 1988, pp. 63-65 y 75.

²⁸ Banti, 2013, p. 55.

²⁹ Koselleck, 1998, p. 35.

³⁰ Reyero, 1999, p. 424.

³¹ Koselleck, 1993, pp. 252-254.

politizada;³² encarnaba el *élan*, el impulso, de la sociedad. El paradigma era cambiante: los héroes adorados un día por haber encarnado un instante de la aventura revolucionaria, eran repudiados e incluso anatematizados el día siguiente, para acabar siendo recuperados, pues resultaba difícil hacer abstracción de su memoria.³³

En cuanto a las relaciones del héroe con la sociedad, conviene distinguir entre su «esencialidad» y su «devenir»: mientras que la primera ejerce como espejo para las pulsiones del inconsciente colectivo, el devenir está conectado con las expresiones culturales y sociales del espacio-tiempo públicos.³⁴ El discurso del ciudadano-soldado desarrolló una determinada y poderosa concepción de masculinidad en la que el estado revolucionario o rebelde, según las circunstancias, se simbolizaba a través de una idea radical comportamental masculina y viril, en un proceso de «ósmosis» entre estado e individuo activo.³⁵ El hombre fuerte era quien levantaba la nación fuerte. De ese carácter masculino y masculinizador se dotó a la «proeza viril, espontánea, y generosa»³⁶ homenajeada por el monumento en honor a Ruiz en 1891, adición tardía a una tendencia a la «estatuomanía» que gozó de especial relevancia en Francia, además de contar con una presencia importante en el *Risorgimento* italiano, sobre todo al representar a Garibaldi.³⁷ La centralidad del caso galo se explica porque fue allí donde la determinación estatal fue más «precoz, constante y constitutiva», favoreciendo de ese modo con más vigor la «construcción autoritaria de una memoria nacional».³⁸

Además, la transformación de las ciudades coadyuvó: más allá del París de Haussmann, se crearon ensanches en las afueras mientras surgían nuevas plazas y bulevares en el centro y el contorno de las urbes. El siglo vio cómo las lógicas fragmentarias de gestión urbana se transformaban en una visión global del espacio.³⁹ Los espacios abiertos diseñados se ajustaban a la colocación de monumentos de todo tipo, destacando las estatuas.⁴⁰ Con el cambio de emplazamiento hacia el espacio público

³² Furió Gali, 2000, p. 36.

³³ Vovelle, 2003, p. 26.

³⁴ Bastida Mouriño, 1989, p. 139.

³⁵ Dudink y Hagemann, 2004, pp. 11 y 13.

³⁶ Ibáñez Marín, 1908, p. 31.

³⁷ Joseph, 2011, p. 1; Banti, 2013, pp. 54-57.

³⁸ Nora, 1998, p. 29.

³⁹ Pinol y Walter, 2011, pp. 153-154.

⁴⁰ Agulhon, 1975, p. 34.

desde finales del XVIII, la escultura urbana adquirió un nuevo significado conmemorativo, expresado a través de la pedagogía de una serie de valores cívicos de carácter celebrativo y recordatorio de héroes individuales o de momentos históricos colectivos de relevancia a nivel local, nacional o una conexión de ambos.⁴¹ La ideología que orientó esta «estatuomanía», suerte de «audacia laica», fue el humanismo liberal, por lo que su preeminencia fluctuó al ritmo que lo hacían los regímenes políticos del turbulento XIX europeo.⁴² Este proceso plasmó el humanismo creciente: la estatua pública a la vista y para la admiración del común era una novedad absoluta, al incluir en su culto cívico a personajes públicos ajenos a las sacralidades religiosa y monárquica. Estos elementos artísticos parte del patrimonio municipal (institucional, pero también popular, público en todos los sentidos) ya no eran el remate a un cenotafio; se habían transformado en obras que holísticamente honraban idealmente a una persona o grupo, sin necesidad de conectar con sus restos físicos. Por esa razón, estos monumentos difícilmente son intercambiables entre ciudades. No debe dejarse de lado que ideas como la mitología, la ideología, el nacionalismo, el orgullo local, los ideales románticos o incluso los intereses comerciales determinan si a una obra se le concede el estatus de patrimonio. Aunque algunas obras se han movido dentro las urbes, casi todos ellos fueron diseñados específicamente para colocarse en un espacio concreto de las mismas. Además, la ciudad y el sentido de pertenencia a la misma surgían como una «realidad vivencial proyectada históricamente en el tiempo». Igualmente, a través de estos monumentos, el orgullo municipal quedaba unido a la identidad nacional, modelando así las lealtades cívicas. Las estatuas tenían una función política bidireccional: por un lado, contribuían a la creación de una conciencia entre los habitantes de la ciudad y, por otro, proyectaban una determinada imagen y construcción mental de esta última hacia el exterior.⁴³ Identidad interna y externa al mismo tiempo.

En aquella etapa, autores y obras coincidieron en parecidos repertorios formales e iconográficos. Los primeros, derivados de modelos especialmente procedentes de la escultura francesa del siglo XIX. En cuanto a la representación iconográfica, se constata la repetición alegórica del combatiente sacrificado, así como el énfasis sobre las nociones de valor,

⁴¹ Sobrino Manzanares, 1996, p. 927.

⁴² Agulhon, 1978, pp. 147 y 149.

⁴³ Bevan, 2023, pp. 11-13; Reyero, 1999, pp. 367-369.

patria, victoria e historia,⁴⁴ importantes ideas-fuerza políticas en un momento de búsqueda de la consolidación de los símbolos nacionales sobre la base de eventos del pasado. El sacrificio por la colectividad, la lucha por el prójimo, la sangre derramada y la muerte eran potentes recursos retóricos que dotaban de una inmortalidad al héroe homenajeado en un proceso de nacionalización más grande.⁴⁵ El *pro patria mori* desestigmatizaba cualquier derrota y permitía la heroicización del hombre caído, desde ese momento social y políticamente glorificado.⁴⁶

La compleja canonización de la memoria del 2 de Mayo

Para el caso de España, las Juntas y la victoria de Bailén facilitaron una mayor visibilidad de los militares, así como propuestas de un Consejo de Regencia en el que los diversos generales (Palafox, Castaños, Reding) debían estar fuertemente representados al calor de su popularidad.⁴⁷ Considerado como el día más importante de la historia española durante décadas (hasta el Abrazo de Vergara de 1839, según algunos⁴⁸), el Dos de Mayo se convirtió en lugar de memoria dinámico que fue sumando interpretaciones, en función de los intereses de diversos grupos políticos y sociales.

Con independencia de las desventuras patrias en el complejo siglo XIX español y las dificultades económicas que desembocaron en una política estatutaria y conmemorativa incompleta en comparación con otros países europeos,⁴⁹ el recuerdo de la lucha contra los franceses sirvió «para mantener un mínimo nivel de dignidad colectiva». Así, los escenarios y sus héroes de la contienda se fueron transformando, adaptando su sentido.⁵⁰ La guerra contra las tropas napoleónicas, entendida como una «pugna unánime y triunfal por la independencia de España»,⁵¹ fue uno de los vectores más importantes del monumentalismo patrió-

⁴⁴ García Guatas, 2003, p. 206.

⁴⁵ Santirso, 2013, p. 178.

⁴⁶ Hocquellet y Michonneau, 2008, p. 101.

⁴⁷ Hocquellet y Michonneau, 2008, pp. 98 y 102.

⁴⁸ Marqués de Miraflores, 1865, p. 188.

⁴⁹ Castells, 2010, p. 360.

⁵⁰ Álvarez Junco, 2001, p. 144; Martín Pozuelo, 2008, p. 1.

⁵¹ Moreno Luzón, 2012, p. 218.

tico español del XIX. No sólo Madrid: Zaragoza, Tarragona, Bailén, Girona o Vitoria vieron salpicadas sus calles de obras en honor de héroes individuales, pero también de su población como ente.⁵² La intencionadamente denominada «Guerra de la Independencia» se convirtió en la piedra angular de la mitología con la que se envolvió el Estado-nación liberal español en construcción. La conversión de la jornada madrileña en fiesta nacional desde una fecha tan temprana como 1811 por decreto gaditano, dos años después de su prontísima conmemoración «tan patriótica como religiosa» instaurada por la Junta Central caminó en esa dirección.⁵³ El primer liberalismo español convirtió «aquel insigne acontecimiento» en mito porque necesitaba desarrollar épicamente el sentimiento de la patria, oponiendo libertad a despotismo y pueblo a soberano.⁵⁴

De ese modo, el Dos de Mayo fue tornándose en una pieza importante de la nueva identidad narrativa de la España liberal nacional: liberales, demócratas y republicanos remarcaron que el levantamiento del pueblo había sido una «revolución nacional», pero desde puntos de vista diferentes y con serias dificultades de consolidación estatal por su carácter capitalino. Sometido desde su inicio a los vaivenes políticos que atravesó España, el culto a los protagonistas y hechos de esa jornada resultaba incómodo a los sectores más conservadores por su temor hacia las ideas de nación y pueblo, amenazadores por su carácter revolucionario. Su noción de patriotismo conectaba menos con la lealtad a un estado, enfocándose más hacia una nación fundada en la herencia cultural, en el espíritu nacional que se asienta en la tradición y no en la idea de ciudadanía.⁵⁵ Así, la tensión causada por la atribución de significados de los actores y elementos del mito y el devenir del siglo consiguieron que la jornada de Monteleón fuese más poliédrica. Su culmen fue la etapa del Sexenio 1868-1874, articulándose nación y pueblo en la última revolución burguesa, mientras que la Restauración borbónica posterior acabó con su capacidad aglutinadora al despojarlo del contenido democrático y popular,⁵⁶ diluyendo completamente su carácter festivo.

⁵² Reyero, 1999, pp. 159-161.

⁵³ Castro, 2008, p. 150; Álvarez Junco, 1994, p. 86.

⁵⁴ Pérez Núñez, 2016, pp. 184-190.

⁵⁵ Vega, 2016, p. 58.

⁵⁶ Hernández Burgos, 2011, p. 151; Demange, 2004, pp. 126-127.

La figura de Ruiz y su mitificación

Jacinto Ruiz Mendoza nació en Ceuta en 1779, en una familia noble de tradición militar. Sufría desde niño un «ahogo de pecho» que no le impidió entrar como cadete en 1795 en el Regimiento Fijo, donde habían servido su padre y su abuelo.⁵⁷ Dicha patología contribuyó años después a que no se recuperase de las heridas del 2 de mayo de 1808 por las que a su vez murió el 13 de marzo de 1809 en Trujillo (Cáceres).⁵⁸

Entre estas dos fechas, y aunque no constan actuaciones bélicas destacables, vivió constantes ascensos que lo llevaron al rango de teniente del Regimiento de Voluntarios del Estado en 1807. Las luchas de la jornada crucial se desplegaron por todo el actual barrio de Maravillas y Ruiz terminó siendo herido al asomarse a las puertas del cuartel.⁵⁹ En torno a sus actos de ese día existen varias interpretaciones, aunque sí se sabe que no pudo participar en las primeras acciones de defensa del parque con armas de artillería, pero que en la segunda oleada inmediatamente posterior resultó herido dos veces.

Cuando todo se inició, se encontraba en casa enfermo con fiebre, pero decidió incorporarse a su unidad en la calle Ancha de San Bernardo, desde donde se trasladó a Monteleón, no sé sabe bien con cuántos efectivos, y consiguió rodear y desarmar a la guardia imperial situada en el parque de artillería. Ante el avance napoleónico, Luis Daoiz y Pedro Velarde murieron: el primero fue llevado con vida a su casa, pero falleció después por las heridas, el segundo perdió la vida en el lugar de los hechos, siendo su cuerpo además ultrajado. Por ello, Ruiz fue el último miembro en pie de ese trío.⁶⁰ Las autoridades españolas habían prohibido la intervención de las fuerzas armadas salvo para contener a la población madrileña, por lo que la desobediencia que hizo Jacinto Ruiz de los Voluntarios del Estado ante las órdenes de evitar que se «armase al populacho» fue crucial, puesto que dotó y reforzó las posiciones de los dos miembros de la Artillería.⁶¹ Éstos habían abierto las puertas del Parque, sacando tres cañones con la intención de rechazar al enemigo con el apoyo de civiles y del grupo de infantería liderado por Ruiz.⁶²

⁵⁷ AGMS, Celeb. Caja 150. Exp. 18, carpeta 1, doc. 1; Pérez de Guzmán, 1891, pp. 4-5.

⁵⁸ López Anglada, 1988, pp. 119 y 121.

⁵⁹ Bar Shuali, 2021, pp. 80-82.

⁶⁰ Gómez de Arteche y Moro, 1868, p. 349.

⁶¹ Sotelo Azorín, 1994, pp. 4-5.

⁶² Conde de Toreno, 1862, p. 49.

Siguiendo el relato que Pérez de Guzmán, director de *La Época* y autor de varias obras sobre el Dos de Mayo, publicó con motivo de la inauguración de la estatua madrileña, Ruiz recibió primero un disparo en el brazo, que le vendó el Guardia de Corps José Pacheco, y después tuvo una herida de bala cuando otro proyectil le atravesó la espalda y el pecho, con lo que perdió el sentido. En un primer momento confundido entre los muertos, finalmente fue llevado a los pabellones de los oficiales, para ser trasladado a su casa después. Permaneció unas semanas más en Madrid hasta que pudo salir de la ciudad, a pesar de que le fuera levantada la condena a muerte emitida por Murat. Los meses siguientes combatió con dificultad en tierras extremeñas destinado al Regimiento de Guardias Valonas al cuidado de su tío Juan Cebollino. En octubre de 1808 solicitó y logró la concesión por parte de la Junta Suprema de un escudo de distinción, consistente en una corona de laurel con el lema: «Por Ferndo 7.º y la defensa del Parque de Art^a el día dos de Mayo de 1808». No obstante, su herida en la espalda, nunca del todo curada, se agravó. Murió en Trujillo mientras regresaba a Madrid junto al Ejército de Extremadura.⁶³

El heroísmo de Ruiz es distinto al de Daoiz y Velarde. Su actuación espontánea fue el origen de su mitificación. De cara a la memoria, el hecho de no haber fallecido como un mártir ese día produjo la sensación de haber jugado un rol menor, lo que pesó a la hora de ser homenajeado. De hecho, incluso en su expediente se corrigió la afirmación de que había fallecido el 2 de mayo, añadiendo un «a consecuencia de las heridas recibidas», tal como puede verse en la imagen 1.

La odonimia, tan capaz como la estatuaría de generar espacios cívicos,⁶⁴ también reflejo esa diferenciación: la madrileña calle Ruiz, que desemboca en la plaza del 2 de mayo, no se abrió oficialmente hasta 1869, al mismo tiempo que la celebración de los actos de inauguración del espacio abierto sobre los antiguos terrenos de Monteleón. En contraste, Daoiz y Velarde «compartieron» calle desde 1835 hasta la inauguración de la mencionada plaza quedando entonces cada uno con la «suya» a los lados de la misma.⁶⁵

⁶³ Meléndez Teodoro, 2009, p. 320, S/A, 1908, pp. 20-21; Pérez de Guzmán, 1891, pp. 8-11 y 15.

⁶⁴ Demange, 2004, p. 133.

⁶⁵ *Acta de inauguración de la Plaza del Dos de Mayo verificada en 1.º de dicho mes del año 1869*. AVM, SEC 4-435-2, p. 2. Aparisi Laporta, 2001, pp. 345, 966 y 1.174.

1

DIRECCION GENERAL DE INFANTERIA. ARCHIVO.

Personal. *Antiguo* Número *22*

Ruiz de Mendoza D. Jacinto
La consecuencia de su pronta resolución
Teniente fallecido el 2 de Mayo de 1808

EXPEDIENTES QUE FORMAN SU PERSONAL.

NÚM.	AÑOS.	ASUNTOS SOBRE QUE VERSAN.	NÚM.	AÑOS.	ASUNTOS SOBRE QUE VERSAN.
1	1800	Solicita pasar al Regimiento Granaderos del Estado	2	1803	Solicita a meses de Real licencia por enfermo
2	1803	Solicita nuevo destino	3	1805	Abono de sueldos
4	"	Solicita una Real licencia	5	1807	Idem una Real licencia
6	"	Idem una Real licencia en virtud de las Reales Cédulas Provinciales	7	1808	Pidiendo la Dirección de Artillería la fisura autografiada de este oficio
					Carpetas viejas de la proyección para que se liquen como por su parte en el escatelo del Armas
					No tiene hoy de servicios.
					Madrid 6 de Julio 1808
					No se
					Manzanera

L-108-Sub S. 86 tra

Imagen 1

Expediente del teniente Jacinto Ruiz Mendoza. AGMS.
 CELEB, Caja 150, Expediente 18, carpeta 2, doc. 1.
 Se aprecia la corrección de la causa de la muerte de Ruiz

Ante un papel considerado como secundario o simplemente ignorado, su figura quedó olvidada durante décadas, dejando a un lado su mayor o menor aparición en varias otras teatrales.⁶⁶ Desde una fecha tan temprana como julio de 1812, aún en plena guerra contra Napoleón, se concedió a Daoiz y Velarde el escalafón de Capitán General, la erección de un monumento frente al Colegio de Artillería de Segovia y otros honores conmemorativos para ellos, así como títulos nobiliarios para sus descendientes.⁶⁷ Ruiz quedó al margen de estas decisiones de las Cortes gaditanas. El inicio de su recuperación reputacional ha sido controvertido: según afirmó Pérez de Guzmán a finales del XIX, fue el director general de Artillería, Martín García y Loigorry, quien la inició al instruir el expediente del 2 de mayo de 1808 seis años después de los hechos y proponer al rey la concesión a los familiares más próximos algunas gracias en recuerdo del sacrificio del militar ceutí.⁶⁸ Sin embargo, no está clara la existencia de este documento de autoría de García y Loigorry, puesto que sólo es nombrado por Pérez de Guzmán. Por contra, el único similar que existe y que sí se ha hallado reproducido en varias fuentes corresponde a Antonio Ruiz Linares, padre de Jacinto, en junio de 1814, también con referencia en la prensa.⁶⁹ Es interesante que las peticiones que Pérez de Guzmán atribuye a García y Loigorry sean idénticas a las que aparecen en el texto firmado por el progenitor del héroe. En todo caso, en 1815 sí que hubo compensaciones netamente militares. Firmadas por Fernando VII, tuvieron a Daoiz y Velarde como referencia:

Enterado el Rey nuestro Señor el acreditado valor, entusiasmo y particular mérito que contraxo en la defensa del parque de artillería de esta heroica villa contra las armas francesas el memorable día Dos de Mayo de 1808 al lado de los inmortales Daoiz y Velarde D. Jacinto Ruiz de Mendoza, (...) se ha servido S. M. recompensar sus servicios en su hermano D. Antonio, cadete del regimiento infantería fixo de Ceuta, ascendiéndole á subteniente del mismo cuerpo, y mandando se tenga presente á su hermana Doña Salvadora para la viudedad correspondiente á su difunta madre quando lo permitan las circunstancias del erario.⁷⁰

⁶⁶ Demange, 2004, pp. 80, 86 y 92.

⁶⁷ Isabel Sánchez, 1994, p. 5.

⁶⁸ Pérez de Guzmán, 1891, p. 15.

⁶⁹ Isabel Sánchez, 1994, pp. 26-27; *El Heraldo de Madrid*, 4/5/1891, p. 1.

⁷⁰ *Gazeta de Madrid*, 23/3/1815, p. 307; Galende Díaz, 2018, p. 239.

La respuesta del monarca contemplaba recompensas para diversos miembros de la familia, en los que se reflejaba el «mito Ruiz». Esos beneficios individuales, pero de origen ajeno, muestran cómo la mitificación podía proyectarse más allá de aquel de quien nacía, pues el sacrificio era un vector universal que equiparaba a quienes lo padecían, sin distinciones: «Uno mismo fué el valeroso ímpetu del combate y uno mismo el glorioso sacrificio de la vida ó de la sangre. A todos una misma gloria: á todos un mismo honor».⁷¹ Desde ese momento, una capa de silencio cubrió la figura de Ruiz durante más de setenta años.

La escultura de Benlliure (1891)

Con la excepción de los lamentos hacia el hecho de que no hubiera ninguna mención en su casa natal y lanzando vivas a su persona durante los homenajes a Agustina de Aragón tras su muerte en Ceuta en 1867,⁷² no abundaron las referencias públicas hacia Ruiz durante años, aunque aparece junto a Daoiz, Velarde, Palafox y otros «beneméritos de la Patria» en una de las lápidas del hemiciclo del Congreso de los Diputados desde el momento de su construcción (1850).⁷³ Sin embargo, sí hubo alguna reivindicación en algunas obras de historiadores militares, pero siempre «asociándole a las glorias de Daoíz y Velarde», esto es, en un papel subalterno.⁷⁴

El viraje real llegó con la auténtica «primera piedra» de la estatua: un artículo titulado «Homenaje a un mártir olvidado de nuestra independencia» y cuyo autor fue el teniente Alcántara Berenguer, perteneciente al Cuerpo de Infantería, como Jacinto Ruiz. El texto se publicó el 2 de mayo de 1888 en *El Ejército Español* y en él se hablaba del «olvido en que tan injustamente se ha tenido hasta ahora la memoria de uno de los mártires de la independencia patria», antes de narrar su comportamiento en Monteleón.⁷⁵ La solución a esta amnesia pública hacia el tercer héroe de esa jornada pasaba por alzar una estatua en su honor, en principio propuesta para la zona del Parque de Artillería. Se planteaba con la intención de dotarla de un carácter ejemplificador al servir como «manifestación como testi-

⁷¹ Pérez de Guzmán, 1891, p. 20.

⁷² Coy Cotonat, 1914, pp. 255, 261 y 273.

⁷³ *Memoria Histórico-descriptiva del nuevo palacio del Congreso de los Diputados*, p. 36.

⁷⁴ Varias referencias en Carrasco y Saiz, 1889, pp. 28-29.

⁷⁵ Berenguer, 1888.

monio de sus hidalgos sentimientos, de desagravio a los manes del mártir, y de estímulo a cuantos vean que, para las tumbas de sus héroes, siquiera sean humildes, siempre tiene laureles la Patria agradecida».⁷⁶ Se entrecruzaban la escultura heroica y la voluntad virtuosa a imitar.

Pocos días después se constituyó una junta para erigir la escultura. Como secretario ejerció el comandante de Artillería Luis Vidart, mientras que el vicesecretario fue el teniente de Infantería José Ibáñez Marín. El presidente elegido fue Arsenio Martínez Campos. Inmediatamente se formalizó una campaña de captación de fondos y las donaciones crecieron deprisa, además de tener procedencias tan dispares como prestigiosas: la regente María Cristina, ambas cámaras parlamentarias (5.000 pesetas cada una, igual que la madre de Alfonso XIII), todos los cuerpos del Ejército, veinte obispados, el Casino de Madrid o el Ayuntamiento de Ceuta, entre otras instituciones,⁷⁷ encajando así en la situación de monumento nacido del «amor del pueblo» en que lo situó Rincón García.⁷⁸ En marzo de 1890 la junta planteó el proyecto a Mariano Benlliure. El plan fue también apoyado desde el gobierno, puesto que en un contexto de reformas militares se vio a la escultura a Ruiz como un elemento para darles «popularidad», además de un «ejemplo de hermandad entre las armas de Artillería e Infantería»,⁷⁹ dado que el héroe pertenecía al segundo cuerpo, mientras que el cuartel de Monteleón y sus defensores iniciales eran parte del primero. El escultor, tratándose según sus palabras de «un monumento que había de simbolizar uno de los hechos más grandes de nuestra historia, se encargaría de él con mucho gusto, sin fijarse en las condiciones económicas», firmó el contrato con Martínez Campos e Ibáñez Martín el 1 de abril de 1890. Se presupuestó un pago a Benlliure de 16.000 duros divididos en tres plazos, aparte del bronce, que correría a cuenta de las arcas públicas.⁸⁰

Como parte del proyecto, el escultor elaboró inmediatamente un dibujo del teniente Ruiz tras haber solicitado información a la familia del homenajeado.⁸¹ La obra a su vez fue grabada por Bartolomé Maura (hermano del político Antonio Maura) en plancha de acero. Este retrato se reprodujo y

⁷⁶ Berenguer e Ibáñez Marín, 1891, p. 65.

⁷⁷ Berenguer e Ibáñez Marín, 1891, pp. 72-74 y 82-83. En la mayoría de las ocasiones donde se cite esta obra, las menciones se referirán a actas de la comisión entre 1890 y 1891.

⁷⁸ Rincón García, 2017, pp. 205-206.

⁷⁹ Montoliu Soler, 1997, p. 66.

⁸⁰ Berenguer e Ibáñez Marín, 1891, p. 89.

⁸¹ Montoliu Soler, 1997, p. 67.

envió a todos los cuerpos del Ejército, adornando en ese momento los cuartos de banderas de toda España. Se trata de una representación de tres cuartos en el que Ruiz aparece con espada y cierto aire de dignidad.⁸² En dicho boceto, que se cumplió en la versión definitiva de la estatua, el teniente ya muestra «su acción de avanzar, pisa una granada, su brazo izquierdo levantado» con la boca abierta, espoleando a otros para que lo siguieran.⁸³ El modelo en yeso de la obra estuvo presente en la Exposición Nacional de 1890, mientras que la conformación en bronce del año siguiente tuvo lugar en la Fundación Crescenzi (Roma), ciudad en la que Benlliure residía.⁸⁴

Entrando a grandes rasgos en la morfología específica del monumento, su pedestal es hexagonal y fue elaborado con mármol rojo de Sigüenza (Guadalajara), una estructura con mármol gris de Carrara y por último mármol negro vetado de blanco procedente de Bilbao para la escalinata de tres peldaños. Con dos cuerpos, el segundo de ellos está rematado con placas con las palabras LEALTAD, ABNEGACIÓN, FORTALEZA y PATRIOTISMO. En el frente, bajo una corona de laurel realizada en bronce, la lápida del mármol recoge la siguiente dedicatoria: A / JACINTO / RUIZ / TENIENTE / DE INFANTERÍA, mientras que en la parte posterior puede leerse EL / EJÉRCITO / ESPAÑOL / A UNO DE SUS HÉROES / II DE MAYO / MDCCCXCI. A cada lado del pedestal hay un relieve, en ambos casos también firmado por Benlliure, con la lucha en el cuartel de Montealeón de los españoles contra las tropas de Joseph Lagrange en un costado y la caída de Ruiz herido, llevado en brazos, en el otro. Esta última representación supone un ejemplo de cómo la muerte explícita del protagonista ocupa siempre un lugar secundario en las representaciones escultóricas del héroe, que suelen mostrar un importante rechazo a mostrar el cadáver,⁸⁵ optando habitualmente por momentos más épicos. Esta estructura bipartita y su distribución interna, con un esquema compositivo que repartía a los personajes en dos grupos en los extremos, reproducía el modelo escultórico francés procedente de la primera mitad del XIX.⁸⁶

Con el gesto dinámico del teniente, Benlliure intentó captar un momento enérgico en mitad del fragor de los combates del Dos de Mayo. Esta obra se enmarca en el tipo de heroicidad «específico» del que se ha hablado en un

⁸² Nadales, 2002, p. 84.

⁸³ Cabezón Pérez, 1990, p. 19.

⁸⁴ Salvador Prieto, 1990, pp. 86-87 y 122-123.

⁸⁵ Reyero, 2003, p. 183.

⁸⁶ Bonilla, 2007, pp. 184-185.

apartado anterior: homenajea a Ruiz únicamente por lo que hizo dicha jornada, no trata ni su carrera anterior, desconocida y de poco calado, ni los meses posteriores hasta su muerte en Extremadura. En su representación del héroe, de 2,60 metros de altura, «Benlliure parece que ha sorprendido la actitud fiera, la bravura, la rebeldía y el patriotismo de Jacinto Ruiz en el momento que excitaba a su tropa y al pueblo contra las huestes de Napoleón».⁸⁷ Con el brazo izquierdo alzado y la espada blandida con el derecho, la representación completa del protagonista está repleta de dinamismo y casi movimiento, al mostrar el instante en el que Ruiz buscaba enardecer al resto de soldados y a la población allí presente en la trascendental jornada. Según Reyero, Benlliure tomó como referencia para esa parte del monumento el gesto de arenga del mariscal Ney, elaborado por François Rude e instalado en la esquina del bulevar Montparnasse con la avenida de l'Observatoire de París, donde el soldado fue fusilado, en 1853. Por comparación y contexto, conviene detenerse en dicho monumento, no exento de polémica. Su diseño inicial (Ney a pecho descubierto pidiendo al pelotón realista que lo fusiló en 1815 que lo disparase *droit au coeur*) tuvo que rehacerse hacia la versión del grito de guerra que la figura ostenta en la actualidad,⁸⁸ mostrando coraje y obstinación. En ese momento, en pleno Segundo Imperio, el contexto político había cambiado profundamente y la etapa napoleónica se veía como una «edad dorada». Por eso, el Ney representado era el héroe de Elchingen, Eylau y Friedland, y no el conspirador antimonárquico.⁸⁹

No obstante, comparando ambas estatuas, las cuatro décadas transcurridas son patentes y la impronta de Benlliure resulta más detallista, dotando al conjunto de mayor intensidad plástica,⁹⁰ como resaltan la citada granada y la presencia de trozos de las puertas del parque y armas empleadas por los civiles, como trabucos o piedras.⁹¹ La puesta en escena resultaba más realista. En cualquier caso, las dos obras son vibrantes, casi móviles, encuadrándose en una concepción y práctica de las artes plásticas centradas en el dinamismo, con una representación «ajustada al modo de manifestación del fenómeno»,⁹² en este caso la arenga del oficial a soldados y pueblo, identificable con las mencionadas voces de «fuego, artilleros».

⁸⁷ Referencia de 1890 en *El Globo*, recogida en De Quevedo Pessanha, 1947, p. 97.

⁸⁸ Joseph, 2011, pp. 8-9.

⁸⁹ Horricks, 1995, pp. 276-277.

⁹⁰ Reyero, 2013, p. 95.

⁹¹ Montoliu Soler, 1997, p. 67.

⁹² Rodrigo, 2014, pp. 791-792.



1202. Le Maréchal Ney, statue bronze (en hauteur). — Cl. 4779.

Imagen 2

Statue en bronze du Maréchal Ney (en hauteur). Fotografía de Hippolyte Blancard. Ville de Paris / Bibliothèque historique, PARIS-ALBUM-4-20-0194



MADRID.—INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DEL TENIENTE DE INFANTERÍA D. JACINTO RUIZ Y MENDOZA, HÉROE DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL EL 2 DE MAYO DE 1808.
Vista del artista, por Comba.

© Biblioteca Nacional de España

Imagen 3

«Inauguración de la estatua del Teniente de Infantería D. Jacinto Ruiz y Mendoza, héroe de la independencia nacional el 2 de mayo de 1808». Dibujo de Comba en *La Ilustración Española y Americana*, 15/5/1891, p. 13.
Conservado en la Biblioteca Nacional de España

La prensa alabó la actitud en la que se representó a Ruiz, uniendo la presencia de la nación con la actitud valiente atribuida al personaje. Se mostraba «admirablemente al guerrero español que por un impulso grande y noble se precipita en medio de la metralla enemiga. (...) Por eso el brazo derecho de la estatua se levanta nervioso, el cuerpo se inclina, las piernas toman la actitud propia de tal postura, se contrae ligeramente el brazo que lleva el arma, y por entre los labios entreabiertos (...) parece brotar un grito de viva España, ¡quién sabe! tal vez una maldición».⁹³ Se trataba de

⁹³ *El Heraldo de Madrid*, 4/5/1891, p. 1.

una voz de aliento que la estatua de Ruiz comparte con las de Velarde en Santander y de Daoiz en Sevilla, conformando los tres una tríada heroico-nacional cuya actuación en un solo día tenía la fuerza suficiente como para proyectarse en el tiempo y el espacio. En la misma línea se expresan Berenguer e Ibáñez Marín, uniendo los hechos de Monteleón con lo que figuraba en la estatua, donde Ruiz era heroicamente visto como

El hombre que conduce a la muerte a sus secuaces; el que rompe por virtud de un sublime sentimiento órdenes superiores; el que á su frente ve la muerte del patriota, la salvación de la libertad, la ruptura de un yugo infamante, horizontes de luz, de bien, de gloria, de patriotismo, mientras que en otro lado vislumbra la servidumbre, la indignidad, el dolo, y aun la muerte como traidor. (...)

Como si Benlliure hubiese presenciado el hecho, así ha tenido la feliz idea de caracterizarlo.

Tan nerviosa y movida se destaca la figura del héroe, que realmente parece que la alienta el santo amor a la causa española.⁹⁴

Benlliure, condensando valores nacionales y un alto grado de vigoroso realismo, culminó una obra de carácter ecléctico, que aunaba elementos clásicos con otros más contemporáneos. El propio escultor reconoció explícitamente esta voluntad de tomar elementos de la escuela francesa que lo precedía y llevarlos a un estado superior.⁹⁵ En conjunto, la obra se encuadra en el romanticismo tardío: la espada rampando en el aire, el grito proyectando la decisión de avanzar y no rendirse. En palabras de Martín González, «nunca el arte escultórico se ha aproximado tanto a una fotografía».⁹⁶ A esa potencia visual se le añaden los valores del pedestal (lealtad, abnegación, fortaleza y patriotismo), atribuidos al homenajeado y que junto a «lo español» se intentaron proyectar de forma clara hacia quien se halle ante la obra.

Los actos de la estatua

Después de semanas de preparación protocolaria, la primera piedra *física* del monumento fue colocada el 4 de marzo de 1891, en el centro de la plaza del Rey, aunque remodelaciones posteriores y la construcción

⁹⁴ Berenguer e Ibáñez Marín, 1891, p. 123.

⁹⁵ Bonilla, 2007, p. 180.

⁹⁶ Martín González, 1996, p. 31.

de un aparcamiento la llevaron a la esquina en la que se encuentra en la actualidad. El área ocupada por ese espacio se corresponde a la antigua huerta del convento de Carmelitas de San José.⁹⁷ Aunque la ceremonia fue concebida inicialmente como un acto «modesto» ante la inminencia de su culminación definitiva prevista para tan sólo dos meses después,⁹⁸ así recogió la prensa los actos:

En el centro de la Plaza del Rey se verificó ayer mañana, á las once, la ceremonia de poner la primera piedra del monumento que, por suscripción entre los cuerpos del ejército, vá á levantarse en honor del teniente de infantería D. Jacinto Ruiz Mendoza, héroe de la independencia nacional. (...) El secretario de la Comisión, Sr. Ibáñez, levantó acta que firmaron los generales señores Martínez Campos, como presidente; Dabán, Santelices, Martitegui O’Ryan; y los jefes y oficiales Sres. Segura, Montero, Berángor y Vidart, y los representantes de la prensa que asistían á la ceremonia.⁹⁹

En el punto en que ha de elevarse el monumento fue enterrada una caja de zinc en que se habían colocado los periódicos de la noche y de ayer mañana que se ocupan en la ceremonia, y algunos de anteriores fechas que también tratan del asunto, y una moneda de cinco pesetas con el busto de Alfonso XIII, que depositó el general Martínez Campos. Cada uno de los asistentes echó después sobre la caja una paletada de cal, terminado lo cual levantóse el acta de la ceremonia, que suscribieron todos los individuos de la comisión.¹⁰⁰

La inauguración del monumento concluido tuvo lugar el 5 de mayo, tres días más tarde de la efeméride prevista. Antes de que llegase la fecha, y aprovechando el acto próximo, se aprobó el «Real decreto disponiendo la forma en que se han de tributar los honores militares que se expresan para honrar la memoria del Teniente de Infantería D. Jacinto Ruiz y Mendoza, al inaugurarse el monumento que se le ha erigido en esta Corte».¹⁰¹ El breve texto se retrotrae al acuerdo parlamentario de 1814 para honrar a las víctimas del Dos de Mayo y la dificultad de aplicarlo a Ruiz por estar sus cenizas en Trujillo. Sus dos primeros artículos reflejan la voluntad de homenaje y de convertir a Jacinto Ruiz en un ejemplo a imitar. Al situarlo

⁹⁷ Salvador Prieto, 1990, p. 122; Pérez de Guzmán, 1891, p. 3.

⁹⁸ Berenguer e Ibáñez Marín, 1891, p. 94.

⁹⁹ *El Liberal*, 5/3/1891, p. 2.

¹⁰⁰ *El Imparcial*, 5/3/1891, p. 2.

¹⁰¹ *Gaceta de Madrid*, 30/4/1891, p. 1.

a la cabeza de los tenientes de Infantería quedaba equiparado en rango honorario a sus homólogos artilleros Daoiz y Velarde:

Artículo 1.º El nombre inmortal del Teniente Don Jacinto Ruiz y Mendoza figurará siempre en el cuadro de Oficiales de la primera compañía del primer batallón del regimiento Infantería del Rey núm. 1, donde pasará revista, y al ser llamado por el Comisario en dicho acto con el expresado objeto, responderá el Jefe del batallón: «Como presente, y muerto gloriosamente por la libertad de la patria, á consecuencia de las heridas que recibió en Madrid el 2 de Mayo de 1808».

Art. 2.º Se escribirá el elogio del mencionado héroe y se leerá todos los años en la Academia general militar al verificarse la apertura de la primera clase, á fin de estimular á los alumnos á seguir su ejemplo.

En la redacción de dicho elogio, más allá de la descripción y la glosa de los hechos de Monteleón, para este trabajo resultan de más interés las palabras finales, en las que se adentra en la conexión con la nación y los comportamientos honorables, los mismos que también aparecen en el pedestal de la estatua, que llevaron a Ruiz a la gloria individual (la «estela luciente» que contrastaba con el olvido sufrido), conectada con la común y que debían seguir los reclutas recién incorporados:

[Ruiz murió] obscurecido, casi olvidado, sí, pero dejando a su espalda estela tan luciente, que la posteridad, guiada por ella, puede hoy señalar a las generaciones el camino que conduce a la mansión de la inmortalidad.

Abnegación, fortaleza y patriotismo, constituyen el pavés sobre el cual alza la Historia la homérica figura de Ruiz Mendoza, santificada por el martirio, y son las virtudes que aquilatan su heroísmo acrisolado.

¡Que los manes del generoso soldado hallen un altar en vuestros nobles pechos, el culto en ellos rendido a sus virtudes, sea el fuego sagrado que caldeando vuestros corazones, os enseñe a amar a esta cara Patria y os disponga a sacrificar generosamente vuestras vidas en holocausto a su integridad, honra e independencia, si la Providencia, en sus altos designios, nos reserva nuevos días de prueba en lo porvenir!

El día señalado para la inauguración de la estatua «era imposible dar un paso» en las calles Barquillo e Infantas, así como en la misma plaza del Rey, cuyos balcones estaban llenos de «vistosas colgaduras y banderas». Benlliure había acudido las jornadas anteriores a dirigir los trabajos de instalación, pero no pudo estar presente en la inauguración del mo-

numento, puesto que el día anterior tuvo que salir repentinamente hacia Roma por enfermedad de un familiar.¹⁰² El alcalde de Madrid, miembros del Ayuntamiento de Ceuta, el general Martínez Campos en representación del gobierno, el general Enríquez (jefe del Cuarto Militar de la regente), autoridades religiosas, la sobrina Teresa Ruiz y tres sobrinos nietos más, entre otros, estaban presentes en el acto. Entre los discursos y el desfile posterior, fueron depositadas distintas coronas, que «pasaban de ciento».¹⁰³ En el discurso de Martínez Campos se destacaba la «hazañosa conducta de aquel inmortal africano», resaltando así la bicontinentalidad de Ruiz dado su nacimiento en Ceuta, pero también la abundancia y diversidad de donaciones recibidas:

Junto al nombre egregio de la Augusta Señora que rige la Nación donde vimos la luz, figura el del modesto Cadete; al lado de la alta Jerarquía militar, la venerable personalidad del Prelado. Y confundidos en haz de estimulante patriotismo, periodista, soldados, poetas y sacerdotes (...) de forma que (...) este monumento en honor del humilde subalterno de la Infantería, es la expresión potente del amor que por España, por su independencia y por sus glorias, sienten sus hijos agradecidos».¹⁰⁴

El mensaje condensaba la confluencia de sacrificio por la nación del mito de Ruiz que había impulsado la iniciativa de recolección de donativos, convirtiendo al héroe y a sus motivaciones para actuar en una cuestión transversal. La meta era suprema y a la vez su capacidad ejemplificadora podía llegar más lejos a pesar del tiempo transcurrido. Esa amplitud del mito de Jacinto Ruiz llegaba también a lo geográfico, pues la mención a su origen africano en el discurso de Martínez Campos no fue la única. Con motivo de la inauguración del monumento *El Heraldo de Madrid* dedicó un especial a toda página en portada al homenajeado, en el que eran compatibles la españolidad «genuina» del héroe, con las «influencias africanas»:

Jacinto Ruiz, llevando en sus venas sangre genuinamente española, habíase dejado influir por el espíritu de independencia indomable que forma la nota saliente de las tribus del Magreb, y encontrando en la justa y heroica defensa del pueblo de Madrid campo abierto á sus caba-

¹⁰² La presencia, en *La Época*, 24/4/1891, p. 1. La ausencia, en *La Iberia*, 4/5/1891, p. 2.

¹⁰³ *La República*, 6/5/1891, pp. 2-3.

¹⁰⁴ Isabel Sánchez, 1994, pp. 11-12.

llosos instintos, no vaciló en ponerse de parte del oprimido y en sacrificar su vida en defensa de la patria.¹⁰⁵

De ese modo, la combinación española y africana enriquecía su perfil, al llevarlo a la rebeldía y a defender a los oprimidos. Lo exótico se elevaba como un rasgo extra para lo patrio, que quedaba así vetado. Ambos podían intercalados como virtudes a extender e imitar tanto por civiles como por militares para ser considerados «buenos españoles», puesto que era el comportamiento adecuado para con la nación, en palabras del ministro Azcárraga, lo que se estaba avivando:

[Ruiz el 2 de mayo] sella con su sangre la protesta contra la usurpación, en holocausto del sentimiento más puro de la Patria: la independencia nacional.

El Ejército, siempre admirador del heroísmo, y deseoso de esculpir en bronce un nuevo ejemplo que imitar, inicia una suscripción a la que responden todas las clases sociales, y que da por resultado este Monumento.¹⁰⁶

La inauguración del monumento tuvo tanto relieve social que el circo Price mostró al público las coronas dedicadas a Ruiz, al tiempo que se exhibían cuadros patrióticos en la sala,¹⁰⁷ situada justo frente a la escultura. El destino de dichas coronas fúnebres fue un asunto tratado por la comisión del monumento, que incluso planteó se enviasen a su tumba en Trujillo.¹⁰⁸ El calado del problema hizo que el diario *La Iberia* propusiera varias alternativas sobre el lugar adecuado de las mismas:¹⁰⁹

La mitad podrían ser enviadas á Ceuta, donde nació el héroe, para ser colocadas en la iglesia de Nuestra Señora de África; la ofrecida por el Cuerpo de Inválidos, entregarse á la primera compañía del primer batallón del regimiento del Rey, á la oficialidad de la cual perteneció el teniente Ruiz, y las demás enviarse á Trujillo para que al ser exhumados los restos que allí reposan vengan á esta capital con los mismos y sean colocadas en el monumento elevado para perpetuar la gloriosa jornada del 2 de Mayo.

¹⁰⁵ *El Heraldo de Madrid*, 4/5/1891, p. 1.

¹⁰⁶ Berenguer e Ibáñez Marín, 1891, p. 114.

¹⁰⁷ *La República*, 7/5/1891, p. 3.

¹⁰⁸ Berenguer e Ibáñez Marín, 1891, p. 101.

¹⁰⁹ *La Iberia*, 7/5/1891, p. 2.

Estas líneas sobre posibles destinos de las ofrendas, que anticipan el traslado de las cenizas de 1909, resumen los vectores políticos que confluyeron en la escultura de Ruiz y los fastos ceremoniales de su descubrimiento: nación, africanidad, ejército y gloria en el seno del mismo, muerte sacrificial y la jornada «española» por excelencia en el Ochocientos. Todo ello hizo de Ruiz, si bien fugazmente, un héroe público total.

El traslado de las cenizas (1909) y la segunda y definitiva difuminación del «mito Ruiz»

En un centenario de la guerra contra Napoleón marcado por la importancia de los impulsos locales (institucionales, pero también desde la sociedad civil) ante el retraimiento del gobierno de Maura, se celebró un acto en torno a la estatua madrileña de Ruiz sin citación previa.¹¹⁰ Por otro lado, tuvo lugar una importante voluntad de memoria en Trujillo (Cáceres), donde murió y en cuya iglesia de San Martín permanecían sus cenizas: en 1909, centenario de su óbito, el diario local realizó un especial repleto de textos de homenaje procedentes de toda España, incluyendo su Ceuta natal.¹¹¹

En 1891, al calor de la estatua madrileña, se había desarrollado una investigación sobre los restos mortales. El informe resultante estableció la imposibilidad de que hubieran sido movidos al osario común ni al cementerio: se habían acogido a un privilegio por el cual algunos militares de alta graduación recibían sepultura en iglesias para así dotarlos de «carácter de perpetuidad».¹¹² Las cenizas custodiadas en el templo trujillano pertenecían indudablemente a Ruiz. En febrero de 1909 el coronel ceutí Páez Jaramillo fue comisionado para someter a la aprobación del Ministerio de Guerra el modo en que debía darse el traslado de los restos mortales a Madrid. La comisión en su busca fue recibida el 10 de marzo con vítores al llegar a Cáceres primero y después a Trujillo, cuyo Ayuntamiento había acordado sufragar parte de los trabajos necesarios.¹¹³ Una vez firmada

¹¹⁰ Moreno Luzón, 2021, p. 49; Isabel Sánchez, 1994, p. 14.

¹¹¹ *La Opinión* (Trujillo), 12/3/1909.

¹¹² *Informe de las investigaciones oficiosas por nosotros practicadas, acerca de los últimos años de la historia, antecedentes, óbito y sepelio del teniente de Infantería Don Jacinto Ruiz y Mendoza*. AMT, Leg. 962, carpeta 20, pp. 7-9.

¹¹³ *Actas del pleno del Ayuntamiento de Trujillo*. Sesiones ordinarias de 2 y 7/3/1909.

el acta de exhumación¹¹⁴ y otros trámites, la comitiva y el «arca de plomo encerrada en lujosa caja de caoba»¹¹⁵ efectuaron el recorrido en autobús durante cuyo paso se levantaron arquitecturas efímeras, con la escolta de la Guardia Civil. En la capital provincial tuvieron lugar nuevos actos de homenaje antes de embarcar en el tren, que se repitieron después junto a las estaciones de la vía cuando eran atravesadas por el convoy engalanado con banderas y flores.

Los restos llegaron a la madrileña terminal de Atocha la mañana del 13 de marzo, ante cuantioso público. Inmediatamente, la comitiva realizó el corto trayecto hasta el obelisco del Dos de Mayo. Los actos culminaron con una ceremonia de duelo en la que estuvieron presentes el presidente del Gobierno, los presidentes de las Cortes, los ministros de Estado, Guerra y Marina, los alcaldes de Madrid, Ceuta y Trujillo, además de otras autoridades y varios descendientes de Jacinto Ruiz. Todas las ramas del ejército y varios regimientos protagonizaron el acto de solemne traslado del ataúd hacia la plaza de la Lealtad, adonde se llegó bajo los acordes de la Marcha Real, recalcando la connotación nacional del acto, cerrado con un amplio desfile. El Centro del Ejército acogió a las autoridades posteriormente. La ausencia de Alfonso XIII en los actos (se encontraba en Moratalla jugando al polo) fue objeto de cierta controversia en la prensa, que acusó al gobierno de Maura de haber «aconsejado mal» al monarca. No obstante, el rey sí había estado presente en varios actos conmemorativos en Madrid el año anterior. El beso que hizo dar al príncipe de Asturias a la bandera situada bajo el arco de Monteleón había sido el momento álgido de esas jornadas en las que la corona derrochó su capacidad de nacionalización.¹¹⁶ Volviendo a 1909, el mismo día 13 Ceuta celebró un homenaje público a Ruiz financiado por suscripción popular y que incluyó una misa funeral y una procesión cívica posterior.¹¹⁷

Coincidiendo con el ceremonial traslado de los restos del teniente Ruiz, por orden del Ministerio de la Guerra se distribuyeron arcones de plata con tierra procedente de su tumba en Trujillo entre los Regimientos de Infantería de España. De ese modo, esos objetos devenían en reliquias de nueva creación, objeto de orgullo y veneración para quienes las alber-

¹¹⁴ *Acta de exhumación de los restos del heroico teniente de Infantería Don Jacinto Ruiz de Mendoza*. AMT, Leg. 1235, carpeta 9.

¹¹⁵ *Nuevo Mundo*, 18/3/1909, p. 18.

¹¹⁶ Moreno Luzón, 2021, pp. 52 y 81.

¹¹⁷ *El Imparcial*, 14/3/1909, pp. 1-2; Isabel Sánchez, 1994, pp. 15-16.

gaban. A medida que dichos regimientos se fueron disolviendo, o bien para garantizar la conservación de las piezas, fueron depositados en varios museos. Esta investigación ha localizado tres, sin descartar si existen o existieron más ejemplares. La primera urna se expone al público en el Museo Militar de Burgos. Un arcón se halla en el Museo de Regulares en Ceuta, depósito del Museo del Ejército, mientras que el tercero está en el Museo Militar de La Coruña.¹¹⁸

Más allá de alguna fugaz reivindicación durante la Guerra Civil y en la década de 1950, así como una reproducción en miniatura de la estatua,¹¹⁹ las menciones memoriales recientes hacia Ruiz se limitan a actuaciones sobre el monumento madrileño entre 1963 y 1997.¹²⁰ La única petición «popular» hallada es una carta de Francisco Vilches, Delegado en Madrid de ACYME (Asociación Ceuta y Melilla Españolas), a Tierno Galván en 1981 sobre quien veía como un «héroe de nuestra independencia».¹²¹ En 2008, el boletín informativo del Ejército español *Tierra*, adoptó un logotipo conformado por un cañón para recordar a Velarde y Daoiz junto a una figura que esboza la estatua de Ruiz, sable en alto incluido.¹²² Por último, dentro del Año Benlliure por el 75.º aniversario de su fallecimiento (2022), el consistorio madrileño restauró la escultura.¹²³

Conclusiones: Jacinto Ruiz y los límites de la memoria

El hecho de que Jacinto Ruiz, el tercero de los hombres del Dos de Mayo y el de apellido más común, no falleciera en Monteleón, sino casi

¹¹⁸ Las urnas: MMB, MU01-358; MRC, MUE-41074 (depósito MdE); MMLC, MTC/2323.

¹¹⁹ Álvarez Junco, 1994, p. 90; Demange, 2004, p. 277. Réplica por la fábrica de Trubia (1947): MdE, pieza 41181.

¹²⁰ *Expediente con presupuesto de 150.190 pesetas para reparación de los Monumentos del Cabo Noval, Teniente Ruiz y Obelisco del Dos de Mayo*, AVM, INV 859, Doc. 47-256-21. La recepción definitiva de la bandera en AVM, INV 940, Leg. 328, Docs. 771-4, 6 y 21. La reposición de la espada en *Proyecto para la restauración parcial del grupo escultórico de D. Quijote y Sancho en el monumento a Cervantes, en la plaza de España, y reposición de una espada en el monumento al teniente Ruiz en la plaza del Rey*. AVM, INV 936, 65-331-11.

¹²¹ La carta en AVM, INV 940, Leg. 328, Doc. 771-1; obras de 1997 en AVM, INV 940, C.491, N.1834.

¹²² *Tierra. Boletín informativo del Ejército español*, 31/1/2008, p. 1.

¹²³ Ver <https://benlliure2022.com/programacion/restauracion-del-monumento-al-teniente-ruiz/> (consulta: 6/3/2025).

un año más tarde en Trujillo y lejos del fragor de la batalla, perjudicó el desarrollo de su memoria pública. Esta desaparición diferida limitó su condición de mártir y referencia de la jornada madrileña frente a Daoiz y Velarde, «acaparadores» del recuerdo de ese día. Cuando otro miembro de la infantería decidió recuperar su memoria maltrecha mediante una escultura, nació el «mito Ruiz», más fugaz y carente de capacidad de pervivir en el imaginario común.

La tendencia europea a honrar escultóricamente al héroe individual-bélico, fruto del Romanticismo y de los procesos de construcción nacional, envolvió la tardía estatua a Ruiz. La aproximación a ella y al traslado de las cenizas constatan cómo nación, sacrificio personal, masculinidad e incluso africanismo convergieron en la obra que Benlliure levantó en el centro de Madrid y en las interpretaciones que de ella se hicieron. Estos elementos se repitieron con el desplazamiento de los restos mortales desde Trujillo, una de cuyas consecuencias «memoriales» fue la distribución de urnas con tierra de su tumba entre varios acuartelamientos. Esta memoria voluble, no obstante, fue lo suficientemente consistente como para ser considerado «benemérito de la Patria» en un lugar con tanto potencial simbólico como el Congreso de los Diputados desde el momento de su construcción. La memoria nacional contó con él, pero el de Ruiz siempre fue un recuerdo capado, que muestra las insuficiencias contingentes del discurso nacional, profundamente demarcado por la coyuntura política e histórica específica.

Un verso suelto en la memoria social y urbana casi desde el primer momento, Jacinto Ruiz se incorporó de forma rezagada al panteón de los héroes nacionales españoles. Su recuerdo resultó persistentemente difuso, con las excepciones de 1888-1891 y 1909. Jacinto Ruiz nunca consiguió librarse completamente de su memoria imprecisa. Es aún el tercer paladín de Monteleón.

Archivos consultados

Archivo General Militar de Segovia (AGMS)
Archivo Municipal de Trujillo (AMT).
Archivo de Villa de Madrid (AVM).
Bibliothèque Historique de la Ville de Paris (BHVP).
Museo de Regulares de Ceuta (MRC).
Museo del Ejército (MdE).
Museo Militar de La Coruña (MMLC).
Museo Militar de Burgos (MMB).

Imágenes

Imagen 1. Expediente del teniente Jacinto Ruiz Mendoza. AGMS. CELEB, Caja 150, Expediente 18, carpeta 2, doc. 1

Imagen 2. *Statue en bronze du Maréchal Ney (en hauteur)*. Fotografía de Hippolyte Blancard. Ville de Paris / Bibliothèque historique, PARIS-ALBUM-4-20-0194.

Imagen 3. «Inauguración de la estatua del Teniente de Infantería D. Jacinto Ruiz y Mendoza, héroe de la independencia nacional el 2 de mayo de 1808». Dibujo de Comba en *La Ilustración Española y Americana*, 15/5/1891, p. 13. Conservado en la Biblioteca Nacional de España.

Fuentes

Acta de exhumación de los restos del heroico teniente de Infantería Don Jacinto Ruiz de Mendoza. AMT, Leg. 1235, carpeta 9.

Acta de inauguración de la Plaza del Dos de Mayo verificada en 1.º de dicho mes del año 1869. AVM, SEC 4-435-2.

Actas del pleno del Ayuntamiento de Trujillo. Sesiones ordinarias de 2 y 7/3/1909.

Cajas con tierra de la tumba de Ruiz: MMB, MU01-358; MRC, MUE-41074 (depósito MdE) y MMLC, MTC/2323.

Carta de Vilches Chica a Tierno Galván. AVM, INV 940, Leg. 328, Doc. 771-1.

El Heraldo de Madrid, 4/5/1891.

El Imparcial, 5/3/1891 y 14/3/1909.

El Liberal, 5/3/1891.

Expediente con presupuesto de 150.190 pesetas para reparación de los Monumentos del Cabo Noval, Teniente Ruiz y Obelisco del Dos de Mayo, AVM, INV 859, Doc. 47-256-21.

Gaceta de Madrid, 30/4/1891.

Gazeta de Madrid, 23/3/1815.

Informe de las investigaciones oficiosas por nosotros practicadas, acerca de los últimos años de la historia, antecedentes, óbito y sepelio del teniente de Infantería Don Jacinto Ruiz y Mendoza. AMT, Leg. 962, carpeta 20.

La Época, 24/4/1891.

La Iberia, 4 y 7/5/1891.

La Opinión (Trujillo), 12/3/1909.

La República, 6 y 7/5/1891.

Memoria Histórico-descriptiva del nuevo palacio del Congreso de los Diputados. Madrid: Aguado, 1856.

Nuevo Mundo, 18/3/1909.

Obras de restauración de la estatua de Jacinto Ruiz. AVM, INV 940, C.491, N.1834.

Proyecto para la restauración parcial del grupo escultórico de D. Quijote y Sancho en el monumento a Cervantes, en la plaza de España, y reposición de una espada en el monumento al teniente Ruiz en la plaza del Rey. AVM, INV 936, 65-331-11.

Recepción definitiva de la nueva bandera de la estatua de Ruiz. AVM, INV 940, Leg. 328, Docs. 771-4, 6 y 21.

Tierra. Boletín informativo del Ejército español, 31/1/2008.

Bibliografía

AGULHON, Maurice, «Imagerie civique et décor urbain dans la France du XIX^e siècle», *Ethnologie française*, 5, 1975, pp. 33-56.

AGULHON, Maurice, «La “statuomanie” et l’histoire», *Ethnologie française*, 8-2/3 1978, pp. 145-172.

ÁLVAREZ JUNCO, José, «La invención de la Guerra de la Independencia», *Studia Historica-Historia Contemporánea*, 12, 1994, pp. 75-99.

ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001.

APARISI LAPORTA, Luis Miguel, *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo. I. Nomenclátor Toponímico*, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 2001.

AYMES, Jean-René, «Cultura y memoria de guerra», en DEMANGE, Christian; GÉAL, Pierre; HOCQUELLET, Richard; MICHONNEAU, Stéphane y SALGUES, Marie. (comps.), *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908)*, Casa de Velázquez, Madrid, pp. 439-456.

BANTI, Alberto Mario, «El discurso nacional italiano y sus implicaciones políticas (1800-1922)», en ARCHILÉS, Ferran; GARCÍA, María e SAZ, Ismael (eds.), *Nación y nacionalización. Una perspectiva europea comparada*, PUV, Valencia, 2013, pp. 49-66.

BAR SHUALI, Jonathan Jacobo, «El Parque de Artillería de Monteleón: 1808, historia y conflicto», *L’Aigle; Revista de historia napoleónica*, 1, 2021, pp. 69-91.

BASTIDA MOURIÑO, Vicente, «Consideraciones sobre el héroe en el siglo XIX francés», *Estudios Románicos*, 4, 1989, pp. 137-142.

BAZÁN HUERTA, Moisés, «Aportaciones a la obra escultórica de los Nicoli. Sus esculturas para la ciudad de Ceuta», *Norba-Arte*, 7, 1987, pp. 223-236.

BEER SHEVA, Israel y BEINER, Guy, «Foreword: Unravelling the Nineteenth-Century Nexus of Consuming Commemoration», en HALDANE GRENIER, Katherine y MUSHAL, Amanda R. (eds) *Cultures of Memory in the Nineteenth Century. Consuming Commemoration*, Springer/Palgrave Macmillan, Cham, 2020, pp. v-xii.

- BERENGUER, Pedro A. e IBÁÑEZ MARÍN, José, *Ruiz Mendoza. Héroe de la independencia nacional*, Imp. y Lit. de Julián Palacios, Madrid, 1891.
- BERENGUER, Pedro A, «Homenaje a un mártir olvidado de nuestra independencia», *El Ejército Español*, 2/5/1888.
- BEVAN, Robert. *Mentiras monumentales. La guerra cultural sobre el pasado*. Valencia: Barlin Libros, 2023.
- BONILLA, Juan Carlos, «El monumento al Teniente Ruiz. Tradición y modernidad en la obra de Mariano Benlliure», en RUBIO VISIERS, María Jesús y GARCÍA CAMPA, Carmen (eds.) *Tesoros del Museo del Ejército*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2007, pp. 179-190.
- BOVER, Joaquín María, *Cabrera. Sucesos de su historia que tienen relación con la de Francia*. Palma de Mallorca: Imprenta de D. Felipe Guasp, 1847.
- CABEZÓN PÉREZ, M.^a Pilar, «Mariano Benlliure en el Museo del Ejército», *Militaria*, 2, 1990, pp. 13-33.
- CALVINO, Italo, *Las ciudades invisibles*, Minotauro, Barcelona, 1995.
- CAÑAS DE PABLOS, Alberto, *Los generales políticos en Europa y América. Centauros carismáticos bajo la luz de Napoleón, 1810-1870*, Alianza, Madrid, 2022.
- CARASSALE, Santiago, «La modernidad, la guerra y lo absurdo de la historia», *En-claves del Pensamiento*, 31, 2022, pp. 1-20.
- CARRASCO SAYZ, Adolfo, *Conmemoración del capitán de Artillería Don Luis Daoíz en Sevilla el día 2 de mayo de 1889*, Imprenta del Cuerpo de Artillería, Madrid, 1889.
- CASTELLS, Luis, «Celebremos lo local, celebremos lo nacional. (La política estatutaria en el País Vasco, 1860-1923)», en ESTEBAN, Mariano y DE LA CALLE, M.^a Dolores (eds.) *Procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2010, pp. 355-378.
- CASTRO, Luis, *Héroes y caídos: políticas de la memoria en la España contemporánea*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008.
- CONDE DE TORENO, *Historia del Levantamiento, guerra y revolución de España*. Libro Primero, Imprenta y Oficinas de La Correspondencia de España, Madrid, 1862.
- COY COTONAT, Agustín, *Agustina Saragossa Domenech. Heroína de los Sitios de Zaragoza*, Taller Tipográfico de José Guerra, Ceuta, 1914.
- DE QUEVEDO PESSANHA, Carmen, *Vida artística de Mariano Benlliure*, Espasa-Calpe, Madrid, 1947.
- DEMANGE, Christian, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Marcial Pons, Madrid, 2004.
- DUDINK, Stefan y HAGEMANN, Karen, «Masculinity in politics and war in the age of democratic revolutions, 1750-1850», en DUDINK, Stefan; HAGEMANN, Karen y TOSH, John. *Masculinities in politics and war. Gendering Modern History*, Manchester University Press, Mánchester, 2004, pp. 3-21.

- ESDAILE, Charles J., «Prohombres, aventureros y oportunistas: la influencia del trayecto personal en los orígenes del liberalismo en España», en BLANCO, Alda y THOMPSON, Guy (eds.) *Visiones del liberalismo: política, identidad y cultura en la España del siglo XIX*, PUV, Valencia, 2008, pp. 65-86.
- FURIÓ GALI, Vicenç, *Sociología del arte*, Cátedra, Madrid, 2000.
- GALENDE DÍAZ, Juan Carlos, «Las últimas voluntades del teniente Ruiz Mendoza: estudio documental», en ÁVILA SEOANE, Nicolás y GALENDE DÍAZ, Juan Carlos (dirs.) *De re diplomática militari: archivos y documentos de la Defensa*, UCM, Madrid, 2018, pp. 235-253.
- GARCÍA GUATAS, Manuel, «Las efemérides de 1808 en sus monumentos», en LACARRA DUCAY, María del Carmen y GIMÉNEZ NAVARRO, Cristina. (coords.), *Historia y política a través de la escultura pública, 1820-1920*, DPZ/IFC, Zaragoza, 2003, pp. 199-218.
- GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, José, *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814*. Tomo Primero, Imprenta del Crédito Comercial, Madrid, 1868.
- HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio, «La “cultura del tiempo” en España: la Guerra de la Independencia en el discurso del franquismo», *Historia Actual Online*, 25 (primavera 2011), pp. 145-158.
- HOCQUELLET, Richard y MICHONNEAU, Stéphane, «Le héros de guerre, le militaire et la nation», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 38-1 (2008), pp. 95-114.
- HORRICKS, Raymond, *Military Politics. From Bonaparte to the Bourbons. Life and Death of Michel Ney, 1769-1815*, Transaction Publishers, New Brunswick, 1995.
- IBÁÑEZ MARÍN, José, «La posteridad y la justicia», en VVAA. *1808-1908. Ceuta á Jacinto Ruiz Mendoza*, Ayuntamiento de Ceuta, Ceuta, 1908, pp. 31-32.
- ISABEL SÁNCHEZ, José Luis, *Infantes Ilustres. Teniente D. Jacinto Ruiz Mendoza*, Autoedición, S.l., 1994.
- JOSEPH, Wassili, «Les monuments aux militaires déchus: une célébration des héros romantiques», *Cahiers de la Méditerranée*, 83 (2011), publicación online sin paginar.
- KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.
- KOSELLECK, Reinhart, «Les monuments aux morts comme fondateurs de l'identité des survivants», *Revue de Métaphysique et de Morale*, 1, 1998, pp. 33-61.
- LÓPEZ ANGLADA, Luis, «El tercer hombre del Dos de Mayo. Teniente Jacinto Ruiz», *Ejército*, 580 (mayo 1988), pp. 118-123.
- MARQUÉS DE MIRAFLORES, *Vida política del Marqués de Miraflores*, Establecimiento tipográfico de don Eusebio Aguado, Madrid, 1865.

- MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José, *El monumento conmemorativo en España, 1875-1975*, UVA, Valladolid, 1996.
- MARTÍN POZUELO, Luis, «¿Queréis recordar el Dos de Mayo? Estampas populares de la Guerra de la Independencia», en DEMANGE, Christian; GÉAL, Pierre; HOCQUELLET, Richard; MICHONNEAU, Stéphane y SALGUES, Marie. (comps.) *Sombras de mayo...*, 2007, pp. 321-344.
- MARTÍN POZUELO, Luis, «Muchos relatos que contar, muchas maneras de contarlos: mitos y héroes de la Guerra de la Independencia», en ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. (ed.), *La Guerra de la Independencia en la cultura española*, Siglo XXI, Madrid, 2008, pp. 1-21.
- MAYO, James M., «War Memorials as Political Memory», *Geographical Review*, 78-1 (enero 1988), pp. 62-75.
- MELÉNDEZ TEODORO, Álvaro. «La Guerra de la Independencia en Extremadura. Operaciones militares en el año 1808», en VVAA. *Actas de las Jornadas de Historia de Las Vegas Altas: La Batalla de Medellín*, Sociedad Extremeña de Historia/Ayuntamientos de Medellín y Don Benito, Medellín/Don Benito, 2009, pp. 307-324.
- MONTOLIU SOLER, Violeta, *Mariano Benlliure. 1862-1947*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1997.
- MORA HERNÁNDEZ, Yaneth, «Lugares de memoria: entre la tensión, la participación y la reflexión», *Panorama*, 7-13 (2013), pp. 97-109.
- MORENO, Miguel, *Todas las calles de Soria: historia de una ciudad*. Soria: Ayuntamiento y Diputación de Soria, 1990.
- MORENO LUZÓN, Javier, «Por amor a las glorias patrias. La persistencia de los grandes mitos nacionales en las conmemoraciones españolas (1905-2008)», en MEES, Ludger. (ed.) *La celebración de la nación. Símbolos, mitos y lugares de memoria*, Comares, Granada, 2012, pp. 215-244.
- MORENO LUZÓN, Javier, *Centenariomanía. Conmemoraciones hispánicas y nacionalismo español*, Marcial Pons, Madrid, 2021.
- MURAT, Laure, *L'homme qui se prenait pour Napoléon. Pour une histoire politique de la folie*, Gallimard, París, 2011.
- NADALES, Salvador, «Retrato del teniente Jacinto Ruiz Mendoza», *Militaria*, 16, 2002, pp. 83-85.
- NORA, Pierre, «La aventura de *Les lieux de mémoire*», *Ayer*, 32, 1998, pp. 17-34.
- PÉREZ DE GUZMÁN, Juan, *El teniente D. Jacinto Ruiz y Mendoza*, Imprenta de M. G. Hernández, Madrid, 1891.
- PÉREZ NÚÑEZ, Javier, «Conmemorar la nación desde abajo. Las celebraciones patrióticas del Madrid progresista, 1836-1840», *Historia y Política*, 35, 2016, pp. 177-202.
- PINOL, Jean-Luc y WALTER, François, *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la Segunda Guerra Mundial*, PUV, Valencia, 2011.

- RAMÍREZ BENITO, Penélope, «Revisando la Guerra de la Independencia en su centenario. Algunos ejemplos en la prensa ilustrada», en VIGUERA RUIZ, Rebeca. (ed.) *Dos siglos de historia. Actualidad y debate histórico en torno a la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Universidad de La Rioja, Logroño, 2010, pp. 163-182.
- REYERO, Carlos, *La escultura conmemorativa en España: La edad de oro del monumento público, 1820-1914*, Cátedra, Madrid, 1999.
- REYERO, Carlos, «¡Salvemos el cadáver! Inmortalidad y contingencia del héroe en la plástica española del siglo XIX», en CHUST, Manuel y MÍNGUEZ, Víctor (eds.). *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, PUV, Valencia, 2003, pp. 175-187.
- REYERO, Carlos, «Benlliure monumental», en VVAA. *Mariano Benlliure. El dominio de la materia*, Dirección General de Patrimonio Histórico de la CAM / Consorcio de Museos de la Generalitat Valenciana, Madrid/Valencia, 2013, pp. 91-111.
- REYNOLDS, Luke, *Who Owned Waterloo? Battle, Memory, & Myth in British Memory, 1815-1852*, OUP, Oxford, 2022.
- RINCÓN GARCÍA, Wifredo, «Muerte y amor en la escultura española del siglo XIX», en LOMBA, Concha y CASTÁN, Alberto. (eds.) *Eros y Thanatos. Reflexiones sobre el gusto III*, IFC/Fondo Económico Social Europeo, Zaragoza, 2017, pp. 187-206.
- RODRIGO, Pierre, «Mouvement, formes et tourbillons», *Revue Philosophique de Louvain*, 112-4, 2014, pp. 783-795.
- S/A., *Ceuta a Jacinto Ruiz Mendoza*, Ayuntamiento de Ceuta, Ceuta, 1908.
- SALVADOR PRIETO, María del Socorro, *La escultura monumental en Madrid*, Alpuerto, Madrid, 1990.
- SANTIRSO, Manuel, «Guerra y nacionalismo», en GABRIEL, Pere; POMÉS, Jordi y FERNÁNDEZ, Francisco (eds.), *España Res publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*, Comares, Granada, 2013, pp. 175-185.
- SOBRINO MANZANARES, María Luisa, «Ciudad y escultura pública: monumentos, intenciones iconográficas y presencia plástica», en RODRÍGUEZ CASAL, Antón A. (ed.) *Humanitas. Estudios en homenaje ó Prof. Dr. Carlos Alonso del Real*. Volumen II, USC, Santiago de Compostela, 1996, pp. 927-938.
- SOTELO AZORÍN, Alfonso, *Sin el teniente Ruiz no hubiera sido posible*, Autoedición, Ceuta, 1994.
- VEGA, Jesusa, *Pasado y tradición: la construcción visual del imaginario español en el siglo XIX*, Polifemo, Madrid, 2016.
- VOVELLE, Michel, «La Revolución Francesa. ¿Matriz de heroización moderna?», en CHUST, Manuel y MÍNGUEZ, Víctor (eds.). *La construcción del...*, 2003, pp. 19-29.

- ZURITA, Rafael, «El progresismo. Héroes e historia de la nación liberal», en ROMEO, María Cruz y SIERRA, María. (coords.), *La España liberal. 1833-1874*, PUZ, Zaragoza, 2014, pp. 317-346.
- ZURITA, Rafael, «Los museos y la narración de la guerra de la Independencia española», *RUHM*, 19, 2020, pp. 261-283.

Financiación

Este artículo se elaboró originalmente en el marco de los Contratos Postdoctorales de la Generalitat Valenciana APOSTD/2021. Asimismo, se enmarca en el proyecto de investigación «La respetabilidad burguesa y sus dinámicas culturales, 1830-1890» (PID2022-136358NB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

Agradecimientos

Agradezco la ayuda de Jonathan Bar, Manuel Alvargonzález y José Ubaldo Bernardos, así como del personal de los archivos y museos que aquí aparecen citados.

Datos del autor

Alberto Cañas de Pablos es doctor por la Universidad Complutense de Madrid (2019). En 2022 lanzó su libro *Los generales políticos en Europa y América. Centauros carismáticos bajo la luz de Napoleón, 1810-1870*, publicado por Alianza Editorial. Cuenta con varios artículos en torno a su línea de investigación en revistas como *Historia y Política*, *Historia Constitucional* o el *Journal of Iberian and Latin American Studies*, entre otras. La publicación más reciente ha aparecido en *El Futuro del Pasado* y se titula «La memoria del invasor. El monumento a los prisioneros en la isla de Cabrera y otros ejemplos de escultura pública napoleónica en España». Asimismo, ha impartido clase en Poznań (Polonia), Bratislava (Eslovaquia) y Ankara (Turquía). Por otro lado, ha realizado estancias de investigación en Turín, Lisboa y Toulouse y ha sido Investigador Postdoctoral en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (CSIC). Tras ser Contratado Postdoctoral en la Universidad de Alicante, donde desarrolló el proyecto «Memoria, mitos de guerra y los usos públicos de la historia de 1808-1814», actualmente es Profesor Ayudante Doctor en el Departamento de Historia, Teorías y Geografía Políticas de la Universidad Complutense de Madrid.